

El sueño del Sultán

En un país muy lejano, al oriente del gran desierto vivía un viejo sultán, dueño de una inmensa fortuna. Él era un hombre muy temperamental, además de supersticioso. En una ocasión, el poderoso sultán tuvo un sueño muy vívido en el que iba perdiendo todos los dientes hasta quedarse sin ninguno.

Inmediatamente después de despertar, muy confundido por lo que había soñado, mandó llamar urgentemente a uno de los sabios de su corte para que interpretase su sueño. El sultán le describió el sueño tal y como lo recordaba.

–¡Que desgracia, mi señor! –contestó el sabio–. Cada diente caído representa la pérdida de un pariente de vuestra majestad.

–¡Que insolencia! –gritó el sultán enfurecido–. ¿Cómo te atreves a decirme semejante cosa? ¡Fuera de aquí!

Llamó a su guardia y ordenó que lo desterraran por ser un pájaro de mal agüero. Más tarde, insatisfecho con la explicación, ordenó que le trajesen otro sabio y le contó lo que había soñado.

Éste, después de escuchar al sultán con atención, le dijo:

–¡Oh, gran señor! Gran felicidad le ha sido reservada. El sueño significa que vuestra merced tendrá una larga vida y sobrevivirá a todos sus parientes.

Al escuchar esto se iluminó el semblante del sultán con una gran sonrisa y ordenó que le dieran cien monedas de oro al sabio.



Cuando éste salía del palacio, uno de los consejeros reales que había asistido a ambas escenas, le dijo admirado:

-¡No es posible! La interpretación que has hecho de los sueños es la misma que la del primer sabio que vino esta mañana. No entiendo por qué al primero le pagó desterrándolo, mientras que a ti te premia con cien monedas de oro.

-Recuerda bien amigo mío –respondió el segundo sabio–, todo depende de la forma en el decir. Uno de los grandes desafíos de la humanidad es aprender el arte de comunicarse. De la comunicación depende, muchas veces, la felicidad o la desgracia, la paz o la guerra. La verdad debe ser dicha en cualquier situación, de esto no cabe duda, más la forma con que se comunica es lo que provoca en algunos casos, grandes problemas.

-La verdad –continuó el Sabio– puede compararse con una piedra preciosa. Si la lanzamos contra el rostro de alguien, puede herir, pero si la envolvemos en un delicado embalaje y la ofrecemos con ternura ciertamente será aceptada con agrado. Date cuenta, que, en ambas situaciones, el valor de la piedra preciosa es el mismo y acaba llegando a manos de su destinatario, pero el resultado es muy diferente.

Fuente: García, S. (1992). El sueño del sultán. Mirando al Infinito. [Blog].
Recuperado de <https://www.mirandoalinfinito.com/cuento-el-sueno-del-sultan/>.

